

R. ARTURO DESPOUEY

La revista CINE RADIO ACTUALIDAD festejó hace una semana sus quince años de vida y editó un ejemplar especial, en el que habla de sí misma y del mucho cine que desfiló por sus páginas. No menciona a R. Arturo Despouey, que fue uno de sus fundadores y el co-director de su primera época.

Cuando Despouey era un adolescente acometió la misma empresa que tanto otro aficionado cinematográfico, en su peculiar manera, comienza en los primeros años de su entusiasmo. Con el celo de que podrían perderse para la posteridad los mejores momentos del presente, albergó en una docena de cuadernos muchas fotos de estrellas, revisiones completas de argumentos y reseñas críticas, comentario extenso y personalísimo de films que en 1925 o 1928 parecieron lo fundamental del séptimo arte. Hacia 1931 o 1935 el entusiasmo se encauzaba por vías públicas, y un Despouey más maduro era ya crítico cinematográfico y conferenciante: hacia 1936, quiso concentrar su esfuerzo, y cuando se fundó CINE ACTUALIDAD la obra de Despouey procuraba ya una continuidad y un resultado. Quizás por el azar, pero quizás también porque alguna intuición se lo señalaba, la obra hizo coincidir dos apogeos: el del cine mismo, que comenzaba recién a dominar por completo la alianza de sus micrófonos, y el de R. A. D., que amonestaba a su nunca perdido entusiasmo con el espíritu crítico de su plenitud intelectual. En 1938 cayeron a la redacción aquellos cuadernos de la adolescencia, abrumados por el rococó a dos tintas de sus decorados, y por la glosa manuscrita de todos los trucos gráficos con que la imprenta adorna y resalta a su material; el primero en burlarse de ellos, y el primero en anotar la ingenuidad de sus conceptos, fue el mismo Despouey, y no ciertamente porque renegara del cine en que refugió a su infancia (decía recordarlo, incluso al deficiente, con más precisión y cariño que al de otros años cercanos) sino porque quería mirar hacia adelante y porque la constante superación de sí mismo era su fuerza esencial. Amigos y enemigos gustaban observar su afirmación diaria, y aunque los más severos puntualizaron sus errores de juicio (los hubo) y se negaron a tolerar su vanidad de tiempo presente, o a acceder al idealismo con que proyectaba para el futuro las empresas menos financiadas, nadie pudo nunca reprocharle que celebrara con satisfacción la tarea que había dejado atrás. Ese elogio debe ser administrado por otros, y en especial por quienes, como lectores o ejecutores, aprendieron a su lado los fundamentos de una crítica cinematográfica, desarrollada por Despouey a un nivel sin posible comparación posterior. En alguna ocasión de polémica menor, Despouey sostuvo que para escribir de cine habría que saber de fotografía, política, interpretación dramática, arqueología, ballet, historia, música, cine, sociología, pintura y jazz, sin contar los rasgos nacionales y la erudición incidental sobre problemas incidentales. Nadie supo nunca tanto de

tantas cosas, y si alguien lo supo hizo bien en dedicarse a algo más importante que comentar cine para terceros. Pero Despouey sintió como inevitable, durante varios años, esa dedicación al cine mundial, y trabajó y vivió para él; donde otros, más sobrios o más mediocres, reflejan un film por su asunto, sus antecedentes, su ubicación, su búsqueda de las leyes internas y externas a las que debiera obedecer, Despouey superaba ese análisis, y siendo agudísimo con él, agregaba una suerte de vivencia permanente con la que trasmutaba a palabras asuntos tan diversos como los de **Rembrandt, Romeo y Julieta, Margarita Gauthier, Madre Tierra, Éxtasis** o **Callejón sin salida**, sintiendo tema y expresión estética con tanta fuerza como la de cada uno de los artistas a los que debía glosar. Ninguna deliberación estilística, ninguna conciente disposición, podrían conseguir la armonía de tema y manera que espontáneamente procuraban sus crónicas, la alegría con que comentó **Vive como quieras**, el despertar ingenuo y entusiasta que brindó a **Blanca Nieves**, el acento amargo con que elogió **El muelle de las brumas**, o, en su punto más alto (y extra-cinematográfico), el tono y la manera del propio García Lorca con que glosó en una página memorable a **Doña Rosita la soltera**. Esta trasmitada recreación era su personal riqueza, más allá de la cultura y de la sensibilidad que la originaban; compañeros y voluntarios discípulos debieron renunciar a conseguirla, y si en algún caso imitaron el período largo y complejo de sus frases, nunca supieron enriquecer a estas con la abundancia de imágenes y con la concurrencia de sutileza conceptual con que Despouey atendía a las ramificaciones de cada idea, sin perder de vista a lo principal y sin lesión de la mera gramática. Por esa belleza de estilo, por la demoledora ironía con que castigaba al peor cine de la época, por la receptividad con que acogía y reflejaba al mejor, por la persistencia y la variedad de una actitud crítica, aquellas crónicas de 1936 á 1939 se hicieron notables, y junto con el mejor cine mundial que conociera nuestro público hicieron despertar y crecer en éste un espíritu de valoración y exigencia que debe contraponerse a la tremenda ejecutoria comercial. El resultado, como el de toda empresa de cultura, se mide por imponderables, y en 1939 no satisfizo al mismo Despouey, exigente ya de otras rutas (teatro, actuación, Inglaterra hasta hoy). Años después cabe medir ese resultado en términos más concretos, y entrelazada con otros factores, otras ejecutorias personales, otra evolución de circunstancias, se encontrará la influencia de Despouey en el actual y formidable interés público por el cine, en la existencia de CINE ARTE, CINE CLUB, CINE UNIVERSITARIO, en el Festival Cinematográfico de Punta del Este, y en la existencia constante y creciente de páginas de crítica cinematográfica. Cualquier fecha puede servir para una constancia que algunos sienten como permanente, pero los quince años del momento en que se fundara CINE ACTUALIDAD suponen, además de una ocasión, una perspectiva sobre su talento y su obra, y su mención se hace imprescindible.